

PALABRAS

Víctor Sánchez de Zavala
in memoriam

Compilado por
Kepa Korta y Fernando García Murga

F I L O S O F Í A

3

ALGUNAS CONJETURAS SOBRE EL ESPACIO LINGÜÍSTICO DE LAS EMOCIONES¹

Violeta Demonte

*«Y si me da el amor fuego y aroma para quemar el alma,
¿no apagará la hoguera el agrio zumo que el vaso turbio
de mi sueño guarda?»*

(A. Machado, *Soledades*, ed. Cátedra: 260)

1. Introducción

La pregunta de la que quiero partir es la siguiente: cuando Quevedo dice que «amar es conocer virtud ardiente / querer es voluntad interesada» (*Amor, que sin detenerse en el afecto sensitivo pasa al intelectual*; Madrid: Austral [Sonetos: 21]) ¿está nuestro poeta construyendo una intrincada metáfora o se ha constituido meramente en un psicólogo implícito, un explorador intuitivo de la mente, que nos explica, en términos escuetos, la estructura cognitivo-biológica del sentimiento amoroso? La tesis de estas páginas (que no es original, sino que se apoya en notables precedentes) será que en el lenguaje, en su vocabulario, en sus construcciones y en sus expresiones cuasi congeladas, se configuran algunos de los límites para la expresión y comprensión de los estados mentales que se suelen llamar emociones.

En su fascinante última propuesta (Sánchez de Zavala 1997) desarrolla Víctor Sánchez de Zavala un programa para una nueva pragmática «psicológica» uno de cuyos fundamentos es la suposición de

¹ Este ensayo tan manifiestamente necesitado de profundización se origina en una conferencia que dicté, por invitación de Jorge Lozano, en el seminario sobre «El sentido y las pasiones» desarrollado en El Escorial (Cursos de la UCM) en el verano de 1995. Para elaborar esa primera versión conté con la ayuda, como siempre inmensa, de mi amigo y maestro Víctor Sánchez de Zavala, quien me desbordó con una ingente cantidad de libros, fotocopias, ideas y sugerencias de todo tipo. Sin su ayuda no hubiese podido escribir ni una línea y desconocería todo lo que concierne al estudio psicológico de las emociones. La precariedad de los resultados es, por supuesto, sólo responsabilidad mía.

que la actuación lingüística no es intencional (al menos no totalmente intencional) en tanto en cuanto sus emisiones tienen el ser «espontáneas, fluidas, no reflexivas, a bote pronto» (1997: 25), y sin cálculo previo, como características definitorias de su manera de surgir. Un modelo del proceso de surgimiento de esas actividades fluyentes —paradigma que Sánchez de Zavala toma precisamente del estudio sobre las emociones de Ortony, Clore y Collins 1987, al que volveré varias veces aquí, parece que necesita incluir por lo menos cuatro etapas. La primera es aquella en la que el sujeto aprecia o «enfoca» la «situación», en la segunda se estiman sus «efectos», y hay una tercera y cuarta etapas en las que, en virtud de las dos estimaciones anteriores, el sujeto decide su manera de actuar: lo que va a sentir (en el caso de las emociones), a decir (en el del lenguaje), si va a cambiar de tercio, entre otras posibilidades. Ese proceso de surgimiento de las «actividades espontáneas» tiene en el caso de la actuación lingüística unas connotaciones específicas debidas al carácter «designativo», «escenificador», «de intercambio», basado en un sistema semántico (una «situación parcial designada»), «relacional», con una «situación de trasfondo» o espacio mental..., a la vez que convencional², de todo acto lingüístico. Sánchez de Zavala se basa en el “juego [piagetiano] del *como si*” (Piaget 1945) para dar razón de esas propiedades de los sujetos que participan en los actos lingüísticos, así como de la situación que los impulsa³.

Estos dos pilares generales (la teoría de las emociones y el juego del “como si”) articulan una propuesta de teoría pragmática, formulada en parte de una manera especulativa, en la que los parámetros pragmáticos son en realidad elementos de la actividad psicológica. Antes de empezar a hablar, automáticamente, el sujeto define el “foco de la situación presente” y la “situación parcial designada” —esto es, en virtud de sus conocimientos previos, de factores atractivos y aversivos, de lo que tiene delante, etc. establece cuál va a ser el punto de partida de su actividad, su manera general de actuar—.

² Para este sucinto bosquejo de la teoría zavaliana me baso principalmente en la Primera parte de Sánchez de Zavala 1997 y en el interesante seminario sobre ella dictado por Fernando García Murga en la UAM, en febrero de 1999.

³ Una observación sobre las convenciones formales: utilizo las comillas simples o semicomillas para los términos técnicos; en este párrafo, sobre todo para los de Sánchez de Zavala 1997. Las comillas dobles se usan, como suele ser habitual, para citar o poner de relieve una expresión.

En un segundo momento, evalúa el nivel de realidad o irrealidad de la “actividad designada”: toma unas “opciones” básicas y les asigna un “estatuto ontológico”. De la actuación combinada de estos parámetros parece que surgiría la actividad lingüística referida a la producción; otros parámetros serían los de la recepción. La concepción del proceso de producción como una actividad con tales características supone asumir, por lo tanto, que en el comienzo de la misma no tiene por qué haber un “mensaje” perfectamente concebido, que vaya a descodificarse propiamente —como parecen suponer ciertos modelos, con notables diferencias entre sí, por supuesto—, sino que más bien se da por hecho que hay asimetría entre la emisión y la recepción (puesto que son dos procesos distintos) y también emisiones de salida de diferente rango; así, las emisiones automáticas serían necesariamente “literales”, las elaboraciones de las etapas intermedias lo serían menos.

Si bien Sánchez de Zavala asume explícitamente que este nivel de competencia pragmática interactúa con los componentes del sistema gramatical, no se refiere de manera detenida a esas interacciones ni al lugar específico del componente pragmático en el conjunto del sistema cognitivo. Pese a ello, acaso no sea demasiado atrevido suponer que las piezas léxicas, en tanto que entidades de suyo de interficie, pueden desempeñar algún papel en el origen y el desarrollo de esos actos. Es decir, si las piezas léxicas son, entre otras cosas, “reglas de correspondencia” con el sistema conceptual y con los módulos de la visión, emoción, percepción,... (Jackendoff 1990, 1997; Bickerton 1990), es posible que tales piezas tengan rasgos en algún sentido impuestos por esos otros componentes (Chomsky 1995). Es también posible que el contenido de los elementos del léxico pueda interactuar con esos otros módulos, de manera similar a como los procesos de la forma lógica pueden influir o predeterminar parcialmente aspectos de la interpretación que no tienen que ver precisamente con cuestiones lógicas. Podemos imaginar actividades banal y obviamente sin contenido intencional (puramente “fáticas”) tales como nuestras reacciones con insultos explícitos o solapados a las afrentas imprevistas por parte de desconocidos, o los actos de hablar por hablar, en el ascensor, para llenar un hueco; estas dos situaciones serían claves para configurar ese “foco de la situación presente”. Pudiera ser entonces que el léxico formase parte en ocasiones del “elemento impulsor”: de aquello que decide cuál va a ser “la situación parcial designada” (el contenido del acto lingüístico), la «rela-

ción» que se va a establecer con lo que se tiene delante⁴, si llamar al desconocido imbécil, maleducado, mal nacido o machista, en el primer caso; o si escoger el tiempo, el peso de la bolsa de la compra, el tiempo que tardó en llegar el ascensor como temas de la charla ocasional, en el segundo. Con otras palabras, en el estadio de tratamiento temprano de lo que se vaya a decir puede no ser indiferente cómo se haya configurado —sin duda con elementos léxicos preferidos— nuestro “repertorio de respuestas parciales”⁵. También podemos concebir la situación inversa. Si ese esquema de generación de las actividades lingüísticas tiene alguna virtualidad, cabe esperar que en los vocabularios se reflejen aunque sea de manera indirecta las etapas del proceso. En ambos casos estamos abonando la tesis zavaliana de que la actividad lingüística no implica que necesariamente cada acto de habla tenga previsto de antemano un “mensaje”. En tanto en cuanto el caudal léxico es parte de la competencia lingüística y pragmática, se dispone de él automáticamente al igual que se recurre a cómputos interiorizados para formar sintácticamente las oraciones interrogativas, o se sigue el esquema de las actividades para iniciar los intercambios lingüísticos.

Para dar algo más de entidad a las suposiciones generales que acabo de esbozar conviene que precisemos un poco más cuál es el lugar del léxico en el sistema cognitivo. Conviene también que intentemos ilustrar nuestro punto de vista examinando alguna porción del vocabulario que sea relevante tanto para esta nueva teoría de la actuación como para la suposición de que el léxico es un componente de interficie. Esto es lo que haremos en las secciones que siguen, donde tomaremos las emociones y el vocabulario sobre ellas como material empírico para nuestra disquisición. En última instancia, en una línea absolutamente deudora de Jackendoff (cf. 1997: 44), especularemos sobre cómo se relaciona el léxico con los principios y elementos de otros sistemas extraléxicos: el sistema conceptual y el sistema emocional de la cognición general.

⁴ Cf. Sánchez de Zavala 1997, Primera parte: §4 para una primera aproximación a estas nociones que, por falta de espacio, dejo aquí libradas a la intuición del lector ya que, en efecto, las denominaciones se corresponden mucho con nuestras intuiciones.

⁵ En la Tercera parte de su 1997, Sánchez de Zavala señala, aunque muy de pasada, que entre las “reacciones parciales” que median entre los “elementos impulsores” de la actividad lingüística para llevarnos hasta la “situación parcial designada” están las «palabras, construcciones esquemáticas y procedimientos fijos de reunir ambas cosas» (1997: §3.1.1, 121).

2. El lugar del léxico en el sistema cognitivo

Si deseamos buscar precedentes remotos de algunas de las cuestiones que esbozábamos en el apartado anterior, los lingüistas podemos quizá situar en Charles Bally la primera tesis fuerte acerca de la relación entre el lenguaje y los estados del afecto. Para Bally 1952, el lenguaje, toda expresión lingüística en tanto que reflejo fiel de la *vie réelle*, es sólo traducción de la subjetividad del pensamiento. Como el pensamiento depende a su vez de «impresiones afectivas que pueden determinar una acción», el lenguaje es entonces vicario de la vida afectiva. La lingüística sería así, concluye Bally, estilística y estudio de la subjetividad.

Esta visión holístico-reduccionista de la relación entre el lenguaje y el pensamiento (y entre éste y las emociones), por ello mismo algo simplificadora, no es hoy la mejor manera de abordar la cuestión de cómo se articulan las emociones a través de medios lingüísticos y de qué nos dice el lenguaje acerca del miedo, la tristeza, la ira, la repugnancia o la felicidad, los considerados, según veremos, modos emocionales básicos. Por el contrario, y aunque los resultados sean todavía modestos y exploratorios, a medida que sabemos algo más sobre las estructuras conceptuales (las categorías que subyacen a ciertos subconjuntos del vocabulario), sobre la naturaleza psicológica de las emociones y sobre las propiedades y el funcionamiento de las lenguas humanas, parece que estamos en mejores condiciones de razonar cuánto hay de descripción realista y cuánto de posible trasmutación en aquello de «en el corazón tenía la espina de una pasión...»; o por qué de algunas emociones podemos hablar más que de otras, o qué relación puede haber entre la admiración, la piedad y la envidia.

Conviene, empero, hacer algunas precisiones sobre la naturaleza de los sistemas lingüísticos antes de entrar en el centro del asunto que nos concierne. Una primera cuestión digna de recordarse es que parece ya conocimiento de consenso el que las lenguas humanas son, en esencia, tan sólo un «nivel de representación» con ciertos patrones, tal vez muchos adquiridos evolutivamente, cuya funcionalidad, razón de ser última y demás pueden escapárseles, aunque no su maravillosa armonía. Ese nivel es el resultado de una adaptación específica de nuestra especie, y «media» entre la realidad y los estados o procesos (“marcos”, “espacios”) tanto cognitivos como bioló-

gicos que se suelen denominar pensamiento, emociones o sensaciones. Se tienen aún pocas precisiones sobre todo esto, pero la lingüística y la psicología cognitiva aceptan hoy con relativa naturalidad la idea de que el sistema cognitivo está constituido por “módulos”⁶. La tesis de la modularidad de la cognición, en efecto, expresa la suposición ya muy extendida de que la mente/cerebro, ese objeto en el que tiene lugar el pensamiento y cuyo soporte material es el cerebro humano, está constituida por sistemas relativamente independientes entre sí, con propiedades distintas cada uno de ellos, propiedades a veces muy específicas. La cuestión central es cuáles son esos sistemas y qué alcance tiene la afirmación de que son relativamente independientes entre sí, a saber: qué sistemas son modulares y qué tipos de relaciones pueden mantener. En todo caso, el lenguaje sería uno de estos módulos; y lo sería en un sentido obvio, puesto que los principios por los que se rige —*grosso modo*, la sintaxis de las lenguas naturales— han sido profusamente investigados en los últimos años y esa investigación ha mostrado con fuerza que tales principios no están en ninguno de los otros espacios de la cognición.

No obstante lo que acabo de decir, hay visiones notablemente diferentes de la modularidad de la mente. Simplificando mucho, pueden concebirse por lo menos tres concepciones: la fodoriana, la chomskiana y la jackendoffiana (tal vez una extensión de la segunda). El punto de partida de todas ellas, como es bien sabido, es la obra de Jerry Fodor, el filósofo que acaso ha realizado las propuestas más agudas e influyentes respecto del contenido, la estructura y la interacción de los módulos del sistema cognitivo.

Para entender cabalmente la concepción chomskiana de la mente la contrastación de sus hipótesis con las de Fodor es en alguna medida inevitable⁷. Sin pretender entrar profundamente en esa comparación, imposible de llevar a cabo en un texto como este (por no decir que requeriría un bagaje técnico del que no disponemos), podemos recordar que Fodor distingue, de una parte, el sistema central de la

⁶ Los párrafos que siguen, hasta —aproximadamente— el final de esta segunda sección, son una reelaboración (a veces una repetición) de Demonte (1999: pp. xii-xix).

⁷ Fodor 1983 es la pieza más representativa en este sentido, pero gran parte de la inmensa obra de este filósofo está centrada en el análisis de la modularidad de la mente. Un muy somero examen de las diferencias entre Fodor y Chomsky sobre esta cuestión es Demonte 1995. Una discusión muy detallada, clarificadora y con datos relevantes desde la neurobiología es Cela-Conde y Marty 1998.

inteligencia general y, de otra, los “sistemas de entrada” [*input systems*], encapsulados informativamente, inmodificables, inaccesibles a la introspección y que mantienen una relación somera con el sistema central. Estas son las características básicas de todo sistema modular, a juicio de este filósofo, y el lenguaje y la percepción serían los sistemas de entrada por antonomasia, los estrictamente modulares. Chomsky emplea en su obra de 1981 la noción de modularidad para referirse de una manera casi metafórica —que sin duda indujo a una cierta confusión— a los subsistemas del sistema gramatical. Sin embargo, en lo que respecta a la modularidad de la mente viene sosteniendo desde hace ya varios años un punto de vista, a mi modo de ver, cada vez más alejado del de Fodor. Según Chomsky, la cognición estaría constituida por algunos sistemas muy especializados y de carácter innato (propiedades que también aceptaría Fodor): los que sirven para «tareas naturales» que se aprenden sin esfuerzo, esto es, los sistemas «para fines especiales» [*special purpose systems*], tales como la facultad del lenguaje o la capacidad numérica. Hay además otros sistemas que tienen que ver con nuestra capacidad para construir las ciencias, se aprenden con esfuerzo y configuran lo que llama la “facultad racional”⁸. Estas facultades no son todas ellas igualmente accesibles a la investigación naturalista; como nos hace ver Chomsky, una cosa es que podamos intuir lo que son las creencias, las emociones o los sentimientos (a través del arte, la experiencia personal o la obra literaria), otra muy distinta que estemos en condiciones de estudiar la condición humana con la misma perspicuidad y los mismos instrumentos con que podemos acceder a ciertos dominios «perfectos» —en el sentido de cerrados en sí mismos, acabados— que por razones evolutivas han adquirido unas características que hacen relativamente conocibles sus mecanismos y su organización. La gente piensa, no su cerebro, señala Chomsky, y la «gente», la cognición general, es en buena medida inaccesible; probablemente porque los otros sistemas del cerebro no son computacionales: no son «infinitamente discretos» (a saber, pueden formar infinitos objetos con un número reducido de elementos) como el órgano del lenguaje, ni tienen unos mecanismos tan expresamente

⁸ Esta distinción se formula en términos similares en «Mental constructions and social reality», en E. Reuland y W. Abraham (eds.) *Knowledge and Language*, vol. I, Dordrecht: Kluwer, 1993: 30.

marcados por la evolución, de modo que el objeto se deduzca de la historia de sus genes, entre otras muchas cuestiones.

Pues bien, eso viene a querer decir, si no estamos demasiado equivocados, que el sistema central fodoriano tendría unas propiedades muy diferentes de las de los sistemas para fines especiales, que sí son sistemas computacionales, esto es: funcionan conforme a un algoritmo que caracteriza estados sucesivos a partir de un estado inicial, son aptos para resolver ambigüedades, y pueden asociar diversos niveles de representación. Por ello, por ser el sistema central de otro rango morfológico y funcional, no cabe esperar que esté en condiciones de operar con los elementos de los sistemas de entrada. No es posible, con otras palabras, que el módulo lingüístico sirva simplemente para dar salida a pensamientos que se producen con independencia del lenguaje, como parece que supondría Fodor. Por otro lado, este filósofo reduce el módulo lingüístico a mecanismos sintácticos puros, a “sintaxis estrecha”, para usar una expresión familiar a los lingüistas; esa es la razón por la que no habría aspectos de las estructuras conceptuales que se reflejen en las estructuras lingüísticas, ni cabe esperar que podamos acceder a los significados de las expresiones a través de elementos lingüísticos, sólo podríamos hacer inferencias para obtener significados.

La puesta en cuestión de la —en todo caso— interesantísima propuesta de Fodor viene a través de dos cuestiones empíricas. Sabemos, de una parte, que hay mecanismos sintácticos que operan en niveles interpretativos, con lo cual habría más sintaxis que la sintaxis estrecha. Por otra parte, hay datos empíricos suficientes (toda la obra de Jackendoff es una muestra conspicua) que inducen a suponer con rigor que la estructura léxica de las palabras sí que refleja propiedades de los sistemas de conceptos. La modularidad jackendoffiana, por lo tanto, guarda estrecha relación con aspectos del programa minimista (Chomsky 1995). Según las ideas allí esbozadas, el lenguaje ha de satisfacer las condiciones que le imponen los sistemas externos puesto que ha de ser «legible» tanto por el sistema que se ocupa de la articulación y percepción de los sonidos (el sistema sensorio-motor) como por el sistema conceptual-intencional que conecta la facultad lingüística con la facultad racional. Esta “condición de legibilidad” de las representaciones lingüísticas constituye un giro trascendente, sus implicaciones son muy numerosas y no fáciles de elaborar en un espacio breve. En relación con la modularidad,

viene a decir que el lenguaje, aun siendo específico e innato, no es un sistema encapsulado sino que conecta con los sistemas de actuación, con los mecanismos de uso del lenguaje. Como consecuencia de ello, no es una simple máquina sintáctica, es decir, puros mecanismos ajenos al contenido, sino que es sintaxis en sentido amplio [*broad syntax*]: de una parte, los rasgos fonológicos, léxicos y semánticos han de codificar propiedades que puedan ser utilizadas para dar instrucciones, hacer declaraciones, construir proposiciones; de otra, las operaciones de la sintaxis en sentido estricto sirven también para componer unidades mínimas de significado en palabras predicativas, para interpretar relaciones lógicas entre constituyentes, y similares cuestiones. Podría pensarse, asimismo, que los rasgos semánticos codificados en los significados, en tanto que recurso puesto a disposición para el pensamiento o el habla, contribuyen a dar perspectiva a esa expresión o ese pensamiento. Esta sería, a mi modo de ver, la contrastación que implícitamente está llevando a cabo Jackendoff, el *quid* de su visión modular; es asimismo una idea que late subyacentemente en muchos trabajos de Sánchez de Zavala (cf., muy especialmente, el interesantísimo Sánchez de Zavala 1984).

Podemos ilustrar esquemáticamente lo que acabo de decir examinando algunas características de los lexicones o vocabularios. Sabemos, por ejemplo, que no son listas desordenadas de palabras con acepciones independientes (como sugerirían los diccionarios de uso), —tampoco son estructuras en las que los términos se definan por sus relaciones de contigüidad con otros términos (como suponían los primeros estructuralistas)— sino que forman archivos organizados, sistemas con estructuras jerárquicas, con reglas de organización y disposición canónica de los conceptos, y reglas de redundancia e interpretación para relacionar unas estructuras léxicas con otras. Así, si disponemos de las palabras *fastidio*, *rabia* e *indignación* —términos que designan estados emocionales de reacción negativa frente a acontecimientos— seguramente tendremos un término genérico que los englobe, probablemente *ira* en español. Lo que puede y suele pasar es que sólo exista en una lengua el término general sin que se den los de significado más estrecho que lo presuponen; pero lo contrario no parece tener lugar. Otro ejemplo elemental, las lenguas tienen procedimientos sintácticos para formar palabras —mejor, predicados— que expresan causación: para indicar cómo un agente hace que una materia pase de un estado *x* a un estado *y* (*enfurecer*, *ale-*

grar, entristecer, o enfriar, suavizar, ensuciar —si el estado no es emocional sino físico—), a partir de adjetivos de estado como *alegre*, *triste* o *frío*. También poseen procedimientos para indicar la idea de que «se incorpora el instrumento en el predicado» *cepillar* [«limpiar con cepillo»], *serrar* [«cortar con sierra»], pero no existen medios sistemáticos para combinar, pongamos por caso, el concepto de que «un agente le hace algo a otro desde una cierta distancia o anda sin zapatos» (se combina, sí, <andar + lugar por donde se anda>: *caminar*, pero no existe **descalcear*), aunque esas cosas también pasen en la realidad. La causación y la instrumentalización están organizados en la lengua y establecen, por lo tanto, límites a la interpretación de esas nociones.

Una virtualidad del esquema chomskiano-jackendoffiano sobre el funcionamiento de la cognición es que nos sugiere que la relación entre el lenguaje y la realidad, y entre el lenguaje y las conceptualizaciones, es sumamente indirecta. Que la relación sea así tiene muchas consecuencias. Por lo pronto, la tan debatida asimetría entre el mensaje y su decodificación (discrepancia que en la cuestión que aquí tratamos se acrecienta hasta límites extremos) sería tan imputable a la existencia (o inexistencia) de una “memoria común” (Lotman) como a propiedades intrínsecas del sistema cognitivo. Pero vayamos a materias más concretas.

3. El léxico y las construcciones de las emociones, y lo que las palabras nos dicen acerca de los estados afectivos

No es una casualidad, ni tiene por qué serlo tras lo que acabamos de decir, que buena parte de los estudios de los cognitivistas sobre las emociones se acerquen a ellas a través del lenguaje, aunque explícitamente no quieran estudiar el lenguaje. Ahora bien, si una parte del trabajo del psicólogo es descubrir la «gramática» de las emociones haciendo explícitos los principios involucrados en las experiencias emocionales normales, el lenguaje constituirá un valioso elemento de juicio, si bien ha de usarse con perspicacia porque naturalmente ni todas sus distinciones corresponden a cualidades o variantes de las emociones, ni las distinciones que omite son por ello inexistentes (Ortony, Clore y Collins 1987: 10). El lenguaje sería entonces algo así como una pequeña ventana hacia las emociones, que deja entrever sólo parte del misterio. Pero lo interesante de destacar

es que nadie pretendería, en cambio, tomarlo como una ventana ni grande ni pequeña hacia la geografía o hacia la física. Más estrictamente, las teorías vulgares sobre los fenómenos físicos no suelen corresponderse para nada con las teorías científicas; por contra, algunas teorías del sentido común que tienen que ver con otras zonas de la cognición tienen visos de verosimilitud, aunque estén por supuesto lejos de las teorías científicas y oculten por ello cuestiones de fondo. Pero ¿por qué, en lo que a las emociones respecta, el lenguaje podría ser una ventana sobre la cognición de las emociones?

La razón es sencilla de sugerir y muy difícil, sin embargo, de justificar en todos sus detalles, ya que en parte supondría explicar por qué unas teorías del sentido común son desatinadas y otras ofrecen intuiciones interesantes. «*Las emociones son señales simples, no simbólicas (esto es, sin la estructura propia de los símbolos), que se propagan dentro del sistema [cognitivo] y que, a diferencia de las señales del lenguaje, no tienen contenido proposicional*» (Oatley y Johnson-Laird 1989: 84). Las emociones, se nos dice aquí, son “experiencias directas” (reacciones rápidas y no previstas) que no necesitan ni explicación ni preparación previa alguna para poder experimentarse; no requieren tampoco complejas inferencias para poder ser aprehendidas y su significado global no es una suma o combinación del significado de sus partes. Si escucho la dominante trompa que abre el primer movimiento de la 4ª Sinfonía de Brückner, experimentaré un transporte que no me viene de ningún saber previo ni de ninguna indicación de que voy a emocionarme, y que, por consiguiente, no surge de la combinación de unos elementos organizados deliberadamente para producir el significado final: éxtasis sereno. Parece, pues, que la naturaleza proporciona «maneras rápidas y eficaces de hacerse cargo de las situaciones...de preparar el organismo para una acción apropiada» (Johnson-Laird 1988: 370). Las emociones, en algún sentido, guían intuitivamente la acción cognitiva e intelectual: te llevan a uno u otro individuo, a uno u otro archivo mental y eso se produce de una manera global, en paralelo con otros procesamientos y a veces sin ninguna conciencia de ello.

Ahora bien, uno de los medios que tenemos los humanos de explicarles a los otros esas reacciones inmediatas, y a veces imprecisas, es el lenguaje natural ya que, como hemos anticipado, parecería que «los usos lingüísticos reflejan la psicología popular [*folk psychology*] sobre las emociones y que ciertos postulados de la psicología

gía popular encarnada en el vocabulario del inglés son correctos en un sentido científico natural» (Oatley y Johnson-Laird 1990: 130). Por consiguiente, observar y entender el léxico y las construcciones de las emociones puede ser una manera de captarlas o, mejor, el lenguaje puede proporcionar parte de la evidencia empírica sobre nuestras emociones. Las preguntas que habría que esclarecer para que, en efecto, podamos tomar estos datos como elementos de juicio son más o menos las siguientes: ¿cuál es en sentido más estricto el significado de los términos emocionales?, ¿qué detalles nos dan sobre la estructura de las emociones?, ¿todos los sentimientos y emociones se pueden describir, aunque sea aproximadamente, con expresiones lingüísticas?, ¿cómo está formado el “espacio mental” (Fauconnier) de las emociones y cómo se refleja en la gramática esa organización?, a saber, ¿qué efectos sintácticos tienen los predicados sobre estados afectivos, a qué tipos de proposiciones dan lugar?

Hay muchos atisbos interesantes, pero también opiniones encontradas, respecto de todas estas cuestiones. Las teorías de esos estados mentales emocionales que se pueden verter lingüísticamente no son, como es lógico, siempre coincidentes. Están los cognitivistas más estrictos (más «modularistas» tal vez) que ciñen las emociones a lo que podríamos llamar la excitación psicológica [*arousal*] y la evaluación cognitiva implícita [*appraisal*] que suscita. Esta es la concepción subyacente a la definición de Oatley y Johnson-Laird arriba introducida. Hay, por otro lado, los que ante todo buscan obtener precisiones para la construcción de modelos computacionales que simulen los procesos emocionales. Estos son «procesualistas» y aseveran, así, que el estado mental en cuestión está dentro de un proceso donde hay condiciones de elicitación, excitación psicológica, evaluación con atribución de un signo que ha de ser bien positivo o negativo (agradable-desagradable; probable-desaprobable; deseable-indeseable) y consecuencias de esos elementos precedentes en una orientación hacia un objetivo. Según una definición que podemos tomar como canon, las emociones son «reacciones con un signo [*valanced reactions*] a agentes, acontecimientos u objetos cuya particular naturaleza está determinada por la manera como se interpretan las condiciones elicitoras» (Ortony, Clore y Collins 1987: 13). Oatley y Johnson-Laird son paradigmas de la primera concepción, Ortony *et alii* ilustran la segunda.

Aunque sea muy de paso, fijémonos en que esas dos comprensiones tienen consecuencias muy distintas para la cuestión de qué es hablar de, o entender, por ejemplo, la tristeza, la furia o el disgusto. Puesto que parece que todos los humanos estamos familiarizados con situaciones en las que alguien está irascible o se siente triste —somos capaces por lo menos de describirlas y reconocerlas—, entonces, según la concepción procesualista todos estaríamos en condiciones de entender esos “feelings” o modos básicos de la emoción. Para la otra ontología, en cambio, sólo quien haya tenido la correspondiente excitación psicológica / evaluación cognitiva estaría de verdad en condiciones de entender el significado de sentirse triste o furioso, aunque ese significado no haya impresionado su conciencia (porque así puede ser, como luego veremos). La situación no-marcada para la hipótesis de Oatley y Johnson Laird, en efecto, es que podamos decir cosas como *Estoy triste pero no sé por qué*, mientras que resultaría más anómalo indicar *Estoy avergonzado pero no sé por qué* (contraste que esta autora comparte). Otra prueba significativa en pro de la misma idea vendría de que podamos afirmar *Me siento triste* como descripción de un estado corriente, mientras que *Me siento piadoso* sólo podría emitirse con una deliberada voluntad contrastiva. Los modelos procesualistas, por otro lado, no pueden catalogar las emociones —pese a que lo afirman— sólo en virtud de las condiciones elicitoras, tienen que recurrir crucialmente a las reacciones afectivas y a sus valencias para poder hacer distinciones pertinentes entre estados emocionales. ¿En qué se diferenciarían, por ejemplo, el «desafecto» (despegue), del «resentimiento» o de los «celos» si se examinan sólo las condiciones que los producen? El resentimiento o los celos son reacciones negativas de vulneración del propio yo que se dan tanto frente a acontecimientos como frente a acciones de agentes; sólo cuando postulamos que esas condiciones se asocian, respectivamente, a la aprobación / desaprobación y a lo deseable / indeseable podremos distinguir una emoción normativamente fundada de otra que se asienta en las necesidades del yo que experimenta los celos. En efecto, se siente resentimiento frente a un agente o un acontecimiento cuyo hacer o ser implica un acto que vulnera mi propia norma, se sienten celos frente a alguien que hace algo que uno no desea que haga. No son las condiciones externas, entonces, sino los bastidores cognitivos contra los que se evalúan esas condiciones los que determinan el tipo de emoción que se va a generar.

Como vemos, en esta dialéctica de posiciones se debaten dos cuestiones distintas: de un lado, la naturaleza de las emociones, su origen y estructura, de otro, ciertas concepciones del significado de los términos lingüísticos. Lo que los ejemplos anteriores ponen en tela de juicio, en última instancia, es la tesis de que el significado sea equivalente al conocimiento de las situaciones de uso apropiado de los términos; el significado está antes que esas condiciones, más bien. Con sólo esto basta para que la cuestión resulte fascinante para los lingüistas y los filósofos del lenguaje. Pero está también la condición de “elementos de interficie” de las unidades del vocabulario, que era precisamente lo que más nos interesaba.

4. Hacia una teoría de las emociones fundada (sólo muy parcialmente) en las distinciones de las lenguas naturales

La teoría de las emociones que se desprende de un análisis del vocabulario y la sintaxis de las lenguas humanas contiene menos elementos (pero más penetrantes) que el modelo procesual antes sugerido, engarza con la concepción de la cognición que sugería al principio de estas páginas y tiene mucha relación con la teoría modular propuesta por Oatley y Johnson-Laird. Esta teoría lingüístico-psicológica parece dar razón de la existencia de modos emocionales básicos (la idea es antigua, como sabemos, y de raigambre aristotélica), así como de tipos de emociones de distinta complejidad, según como esos modos básicos se modulen —en la evaluación cognitiva de la excitación psicológica inicial— con un contenido proposicional, con relaciones de causalidad y causación, con relaciones simétricas o asimétricas entre agentes y pacientes de las emociones y, por supuesto, con una información de fondo culturalmente elaborada puesto que no estamos frente a un sistema cerrado e inaccesible a la cultura. Las emociones básicas, por serlo, constituyen el fundamento de la formación de expresiones sobre maneras de ser, talante o carácter como «ser / estar {triste / iracundo / alegre}» o «estar satisfecho», y se caracterizan por carecer de contenido proposicional. Esta propiedad explica la dificultad para probar la verdad o falsedad de *Estoy disgustado o rabioso*, mientras sí se puede contrastar al menos la verosimilitud de *Tengo resentimientos* o *Siento piedad por María*.

Vamos a suponer, pues, que existen unos modos emocionales básicos y que estos son, como han propuesto Oatley y Johnson-Laird,

la «tristeza», la «felicidad», la «ira», el «miedo» y la repugnancia o «asco». Las emociones no básicas, de las que son constituyentes las anteriores en combinación con otros tipos de elaboraciones cognitivas, tienen grados diversos de complejidad y forman subclases que no es éste el lugar de analizar, aunque sí podamos ver algunos ejemplos. La «admiración», así, es una emoción relacional, que tiene como constituyente un componente de satisfacción frente a un objeto, cuyas propiedades se evalúan sobre un trasfondo en el que entran los elementos sociales y culturales que definen las entidades y acontecimientos susceptibles de una actitud emocional de reverencia. La «piedad», una emoción compleja no relacional, estaría constituida por una disposición triste respecto de otro agente de las emociones, elemento éste que se combina con una medida de sensibilidad social frente a acontecimientos u objetos.

Se me ocurren algunos datos que sugieren que esa distinción tiene reflejo en hechos lingüísticos. Una propiedad de las relaciones emocionales y de las emociones complejas (a diferencia de las básicas) es que pueden obedecer a causas: podemos decir *Lo admiro porque piensa con mucha clarividencia*, por ejemplo. Por otra parte, las emociones proposicionales (es decir, las complejas) pueden ser objetos de predicados de “actitud proposicional”: *Creo en su generosidad / Creo que es (muy) generoso*; las emociones básicas, en cambio, sólo pueden aparecer en el contexto de predicados “factivos”: **Creo su {ira / felicidad} vs. Lamento su {ira / felicidad / el hecho de que se encolerice}*. Asimismo (y en estrecha relación con lo anterior), la condición lógico-semántica constitutiva de las emociones se expresa lingüísticamente en que numerosos predicados emocionales dan lugar a verbos de “actitud proposicional”, de un lado, y a verbos “causativos”, de otro. Podemos expresar actitudes frente a juicios susceptibles de recibir un valor de verdad: *admirar, tener piedad de, adorar, temer, odiar, lamentar*, y estaremos frente a los verbos “factivo-emotivos”. Tenemos predicados para emociones causadas sin la participación activa de un agente: *agradar(me) (que llueva todas las tardes), deleitar(me), desconsolar(me), enfadar(me), emocionar(me)*..., y predicados que indican la causación voluntaria de una emoción: *irritar, enfurecer, emocionar*, etc. Hay predicados para emociones complejas que resultan de un alto nivel de autoevaluación: *estar orgulloso de, esperar que, sentir remordimiento por, estar resentido por, tener vergüenza de, tener confianza en*, etc. En suma, los predicados de estados afectivos constituyen una zona del

léxico con propiedades bastante especiales y diversas de las de otros predicados y esa diversidad parece ser una propiedad que se deriva de su interrelación con la cognición de las emociones o, mejor, con el sistema conceptual relacionado con ella⁹.

Existen otras manifestaciones o pruebas lingüísticas que abundan, muy indirectamente como siempre, en esa correlación que acabo de sugerir. Estas pruebas, como digo, no son categóricas (el léxico no es un objeto lógicamente perfecto en el que todas las distinciones puedan cuadrarse y ello se sigue precisamente de ese papel intermediario entre la sintaxis y el sistema conceptual al que hacíamos alusión en el §2 *supra*), pero nos permiten atisbar propiedades. Así, la tesis de que hay emociones básicas y emociones complejas es buena para explicar también en qué se distinguen entre sí los elementos de ciertos subsistemas del vocabulario emocional. ¿Cuál es la diferencia, pongamos, entre *enojo*, *rabia* y *furia*? La hipótesis del sistema procesual con senderos que se bifurcan entre valencias positivas y negativas tendría que agregar por aquí una nueva variable y decir que el factor esperado / inesperado explica la diferencia entre el enojo y la furia. Cuanto más lejano de las expectativas esté un acontecimiento, mayor será el grado del enfado, a saber: la expectativa (que no la probabilidad) es una variable de la intensidad de las emociones. Sin embargo, no parece que sea la frustración o satisfacción de expectativas la que explica la diferencia entre «estar contento» y «estar en éxtasis» o «sentir miedo» y «sentir horror». Lo que se expresa en estos casos, suponemos, es una diferencia en el grado o la intensidad de las emociones. La suposición de que estas expresiones denotan todas ellas emociones básicas que se experimentan, empero, en un grado diverso de intensidad casa bien con el hecho de que todas las lenguas ponen en juego recursos para expresar el grado de los estados o cualidades (tenemos *gordo*, *grueso*, *muy gordo*, *gordísimo*, *obeso*). Más aún, si tomamos como propiedad de las emociones básicas el que no tengan por qué responder a una causa entenderemos que «cuanto más intensa sea una emoción, más probable es que llegue a experimentarse sin causa alguna» (Oatley y Johnson Laird 1989: 97).

⁹ La bibliografía sobre los “verbos de afección” o *psych-verbs* es más que considerable y tiene ya una larga historia. Para una revisión de las características léxicas de estos predicados y una extensa lista de referencias sobre ellos remitimos al lector a Levin 1993: §31, pp. 188 y ss.

Las paráfrasis posibles de los predicados de la emoción proporcionan otro índice del contenido y la estructura interna de estos términos (*mutatis mutandis*, según nuestra hipótesis, de una parte de la estructura implícita de las emociones). Comparemos los predicados emotivos *sentir remordimiento* y *estar alegre* / *estar furioso* con los predicados de actitud proposicional *sostener* / *afirmar*. Mientras que *sentir remordimiento* coincide con *afirmar* en que ambos pueden glosarse por medio de secuencias semejantes, que aducen razones o hacen un juicio analítico:

—*Afirmo, es decir, {enuncio pruebas / puedo demostrar / sostengo con razones...} que el ministro ha mentado.*

—*Siento remordimiento, es decir, tengo un sentimiento de insatisfacción fundado en la certeza de un error moral. / Estoy culpabilizado debido a una deliberada acción equívoca... porque he estado metido en las cloacas del estado.*

esas glosas por medio de enunciados sometibles a condiciones de verdad no se pueden formular con *estar alegre* o *estar furioso*. La mejor, y a veces la única, glosa posible en estos casos es una alusión a las repercusiones psicológicas o fisiológicas de la emoción en cuestión, o a la conducta que se ejecuta como consecuencia de ese estado:

—*Estoy alegre, es decir, {siento que vuelo por encima de estos pinos / vuelo de felicidad}.*

—*Estoy furiosa, es decir, {estoy a punto de estallar / estoy al borde del ataque de nervios / se me sube la sangre a la cabeza / le saltaría al cuello}.*

La noción zavaliana (esbozada al comienzo de estas páginas) de que las expresiones más automáticas tendrían por naturaleza “significado literal” cobra cuerpo acaso a través de estas últimas observaciones. Si nuestra distinción es correcta, cabría esperar que fuesen más probables como expresiones automáticas: ¡*Estoy furibunda!* o ¡*Qué alegría!* que ¡*Siento piedad!* o ¡*Qué remordimiento!*; y, en efecto, algo de eso hay.

Las expresiones sobre las emociones básicas, por otra parte, suelen catalogarse como metafóricas. Desde nuestro punto de vista, serían enunciados descriptivos que recurren a la única forma posible de expresar lingüísticamente esos estados, ya que eso es todo lo que, como seres humanos, «sabemos» acerca de ellos; con otras palabras, en algún sentido, estos términos no tienen estructura léxico-concep-

tual (Jackendoff) o tienen una estructura distinta de las de otros términos de la misma familia léxica. En Kövecses 1990 se enumeran las figuras retóricas por medio de las cuales los hablantes ilustran los conceptos emocionales de «miedo» [fear], «enojo» [anger], «orgullo» [pride], «respeto» [respect] y «amor romántico». Si comparamos las figuras del miedo (una emoción básica) con las del orgullo (una emoción compleja muy enraizada en la cultura), nos llamará la atención que para expresar el miedo se recurra a numerosas metonimias: «*fear is an emotion that appears to be characterized for the most part by a rich system of physiological effects and behavioral reactions*» (o.cit.: 70) [«el miedo es una emoción que parece caracterizarse en su mayor parte por un rico sistema de efectos fisiológicos y respuestas conductuales»] entre las cuales están las que siguen (adapto al castellano, pero las del inglés son numerosísimas):

Temblaba como una lechuga. / Me dio cagatina. / Se me hizo un nudo en la garganta. / Tenía el corazón en la boca cuando llegué al banco a preguntar por el dinero. / Estaba blanco como la pared. / La historia me puso los pelos de punta. / Me quedé {petrificada / paralizada} con la historia del atraco. / Tenía la boca seca cuando me llegó el turno.

Están también las metáforas clásicas del «miedo» como algo que te convierte en contenedor (*La llené de miedo*), como enfermedad (*Estaba enfermo de miedo / No se recobró del susto*), que se constituye en tu oponente (*Luchaba con el miedo*), o en tu atormentador (*Estaba torturado por el miedo*). Con el «orgullo», en cambio, las metonimias son pocas y contienen por lo general el término «orgullo» en la propia expresión metonímico-metafórica:

Su corazón latía de orgullo. / Estaba ciego de autoestima. / Sonreía orgulloso después de ganar el premio.

Lo que queremos poner de relieve es que la asimetría entre estos dos casos no es fortuita. Se debe a la condición intrínseca de dos emociones bien distintas: una que surge espontáneamente, acausalmente, y colorea la vida emocional en su conjunto y otra que establece una conjunción entre un tono emocional y un juicio explícito o implícito que se asocia con el tono básico.

Y aquí me quedaré. Estas son tan sólo unas exploraciones mínimas y las preguntas importantes siguen en el aire. En lo que a la psicología respecta, quedaría por saber cuál es la forma del sistema

cognitivo en que se gestan esos tipos de emociones, qué queremos decir cuando afirmamos que las emociones complejas se contrastan (se evalúan) contra un encuadre o unos bastidores psicológico-cognitivo(s) y si hay alguna manera de dar cuenta de ello. De lo que aquí hemos visto, se desprenden algunas consideraciones de interés. Parece, por ejemplo, que la cognición del afecto es distinta de la cognición de la ciencia o del pensamiento racional: no es proposicional, sus símbolos tienen propiedades específicas, sus representaciones entrelazan reacciones naturales (las reacciones emotivas se sustentan en una base que es muy semejante a la que está presente en especies inferiores) con movimientos «internos», tanto ante variables adquiridas como ante otras contextualmente determinadas. En suma, no nos encontramos frente a una conducta gobernada por reglas independientes del contexto como sucede con el lenguaje (aunque comparte con éste la propiedad de ser en parte inaccesible a la conciencia), ni frente a unos procesos susceptibles de una computación rígida, según se desprendía de nuestras observaciones sobre los sistemas procesuales. Se trata de un sistema donde la referencia es intrincada y las inferencias proceden de maneras distintas que en otros ámbitos de la vida psicológica.

En cuanto al lenguaje, los ejemplos que apenas hemos insinuado parecen poner de manifiesto que, en efecto, este sirve para trasladar —aunque sea muy someramente— esos estados y procesos, y revela por lo tanto aspectos de la estructura cognitiva subyacente. Sin embargo, las características de la zona de interacción entre el léxico y el resto del sistema cognitivo son por completo desconocidas y está claro que no habrá manera de explorarlas (si es que ello es finalmente posible) como no sea a través del estudio de las relaciones entre la estructura conceptual de las piezas léxicas y los procesos sintácticos, de una parte, y los interpretativos y de uso, de otra. De forma muy rudimentaria y esquemática, es lo que hemos intentado hacer en estas páginas.

Rreferencias bibliográficas

- BALLY, Charles (1952): *Le langage et la vie*, Genève: Droz.
BICKERTON, Derek (1990): *Language and Species*, Chicago: The University of Chicago Press. Trad. cast.: *Lenguaje y especies*, Madrid: Alianza, 1994.

- CELA-CONDE, Camilo J. y MARTY, Giselle (1998): «Introducción. El cerebro y el órgano del lenguaje», en N. Chomsky: *Una aproximación naturalista a la mente y el lenguaje*, Barcelona, Prensa Ibérica; pp. 11-85.
- CHOMSKY, Noam (1981): *Lectures on Government and Binding*, Dordrecht, Foris.
- (1995): *The Minimalist Program*, Cambridge, MIT Press.
- DEMONTE, Violeta (1995): «Lo sencillo es real o la explicación en la teoría lingüística», *Theoria* 22; pp. 39-58.
- (1999): «Noam Chomsky y la búsqueda de la mejor teoría». Prólogo a la edición castellana de *Aspects of the Theory of Syntax: Aspectos de la teoría de la sintaxis*, Barcelona, Gedisa; pp. ix-xxii.
- FODOR, Jerry (1983): *The Modularity of Mind*, Cambridge, MIT Press.
- JACKENDOFF, Ray (1990): *Semantic Structures*, Cambridge, MIT Press.
- (1997): *The Architecture of the Language Faculty*, Cambridge: MIT Press.
- JOHNSON-KAIRD, Philip (1988): *The computer and the mind*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- KOVECSES, Zoltán (1990): *Emotion concepts*, New York, Springer.
- LEVIN, Beth (1993): *English verb Classes and Alternations*, Chicago, The University of Chicago Press.
- ATLEY, Keith y JOHNSON-LAIRD, Philip (1989): «The language of emotions. An analysis of a semantic field». *Cognition and Emotion* 3; pp.
- (1990): «Semantic primitives for emotions: A reply to Ortony & Clore». *Cognition and Emotion* 4; 129-143.
- ORTONY, Andrew, CLORE, Gerald y COLLINS, Allan (1987): *The Cognitive Structures of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PIAGET, Jean (1945): *La formation du symbole chez l'enfant. Imitation, jeu et rêve. Image et représentation*. Neuchâtel, Delachaux y Niestlé. Trad. cast. *La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño. Imagen y representación*. México, F.C.E., 1961.
- SÁNCHEZ DE ZAVALA, Víctor (1984): «Un punto de contacto entre el pensamiento y el lenguaje». Reproducido como Cap. 1 de *Ensayos de la palabra y el pensamiento*, Madrid, Trotta; pp. 15-40.
- (1997): *Hacia la pragmática (psicológica)*, Madrid, Visor.